

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

*Tip. de Dublán.*



LOS TRES ARCÁNGELES Y TOBIAS.—BOTTICELLI.—FIRENCE.





## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. LIC. JESÚS URUETA EN LA VELADA ORGANIZADA POR LOS ESTUDIANTES DE JURISPRUDENCIA EN HONOR DE JUÁREZ, LA NOCHE DEL 18 DE JULIO DE 1901 EN EL TEATRO DEL RENACIMIENTO.



NO VESTIRÉ mi discurso con los luengos ropajes luctuosos de las graves oraciones fúnebres; esta fecha no es una fecha de duelo colectivo, sino de universal regocijo; el 18 de Julio no es el día de la muerte, es, señores, el día de la resurrección. Que resuenen en los aires los himnos favoritos de la patria, y desparramen todas sus flores los verjeles; que los jóvenes dancen al son de las músicas sagradas, y los enjambres canoros de la poesía palpiten y vuelen como abejas de oro; que todos los corazones se fundan al calor de un mismo entusiasmo, y un

inmenso grito de júbilo suba al cielo anunciando los festivales de un pueblo! El versículo de la Sulamita es eternamente cierto: el amor triunfa de la muerte. Benito Juárez no está bajo su lápida mortuoria convertido en ceniza; está dentro de nuestras almas convertido en idea, en sentimiento, en aspiración. Cariño á la patria, deseo de libertad, sacrificios por el deber, luchas contra el mal, recuerdos de dolor y de gloria, ideales también de dolor y de gloria, todo eso es Juárez. Sublime transfiguración del hombre! Pudo el pueblo engañado por el golpe brusco y por el poder alucinante de la realidad, llorar un día sus más amargas lágrimas, ver ennegrecido por fatídicas nubes el porvenir, y en torno del pabellón cresponado maldecir al cielo y clamar á los infiernos! Juárez, en su ataúd, descansaba. Se le creía muerto. Allí acudieron sus discípulos de patriotismo y de infortunio, y en vez de sentir la dolorosa agonía de la esperanza, sintieron brotar en sus almas una esperanza nueva. . . . Entonces fué cuando Guillermo Prieto, infundiendo en la frase toda la fuerza vital de su infinito anhelo, gritaba: «¡De pie, señor, de pie!» y á ese grito poderoso como un conjuro, se hizo el milagro: el muerto sacudió el sudario y se puso de pie en la conciencia nacional!

\*  
\* \*

De los combatientes de vanguardia muy pocos quedan, y pronto abandonarán el puesto de honor. Pueden caer, no importa! El hombre al morir, retoña en su descendencia, y sus obras no se pierden en la incesante elaboración de la historia. Bazaine proviene de los grandes traidores y Gambetta de los grandes defensores; Esquilo y Cervantes tienen la misma filiación gloriosa de héroes poetas, y en los anales de nuestro mundo, siempre que el espíritu humano ha estado en peligro de muerte, se han repetido las salvadoras epopeyas de Maratón y Salamina. El hombre dura mientras dura su esfuerzo, por eso son inmortales los que trabajan por la libertad. Las naciones deben sus energías más á los muertos que á los vivos. El polvo que piensa no vuelve al polvo. La idea es fuerza de incalculables resultados: penetra, se difundé, se transforma eternamente, es el espíritu de que habla Goethe, «tejiendo en los talleres del tiempo el ropaje viviente de la divinidad.» Toda palabra fecundiza, toda predicación deja su semen en el surco. Los libros de los enciclopedistas se convirtieron en la sangre de la revolución burguesa; los libros de los pensadores modernos serán la sangre de la revolución obrera. Renan dice bien cuando dice: «puede la iglesia anatematizar á Voltaire, puede la influenciada y temerosa mano de la madre quitarlo de tu biblioteca. . . . de ti no lo arrancarán jamás, porque Voltaire eres tú mismo!» La idea en actividad atraviesa la historia en una serie de encarnaciones diversas: Hidalgo con el tiempo se llamará Juárez; el Pensador Mexicano aparecerá un día en la Academia de Letrán con las facciones cobrizas del Nigromante, y la mirada de lumbre de Morelos fulgurará de nuevo en los anteojos del general Zaragoza! La historia es una pasión, porque es una pasión la vida: grandioso combate perdurable en que las



verdades y las bellezas y las virtudes, se conquistan en hecatombes inmensas que marcan con su rastro de dolor y de sangre el lento itinerario humano!

Es creencia comunísima que no tenemos en nuestros anales patrios un solo hecho de universal trascendencia, que nuestros martirios y nuestros triunfos son triunfos y martirios puramente nacionales. La revolución francesa, se dice, es un hecho universal; la Reforma mexicana es un hecho local. No comprendo la historia con tan mezquina filosofía. El progreso no se mutila. Todo está encadenado, todo tiene su ley. El movimiento de un astro coopera á la armonía del universo; el movimiento de un pueblo coopera á la armonía de la humanidad. Para la obra final de redención y de amor, poco importan las diferencias de razas y de medios; en el fondo de las más contrapuestas tendencias hay elementos comunes, y todos los ideales se fusionan en un ideal supremo, profundamente humano, religión de todos, de los que sufren y de los que gozan, de los parias y de los libres, Zeus luminoso para los griegos, Dios de misericordia para los pobres de espíritu, verdad serena para el sabio, inmaculada belleza para el artista. Sobre todas las patrias está la gran patria, la naturaleza infinita. Todos tenemos obligación de darle nuestras actividades para fecundarla, todos tenemos derecho á los brotes de sus entrañas. Para comprender al hombre en sus obras, es ante todo indispensable estudiar su nacionalidad; pero luego, el análisis debe taladrar hasta las últimas capas del espíritu, descubrir los elementos irreductibles, despojar de revestimientos posteriores el núcleo primitivo, poner á desnudo la fibra humana, la que al vibrar hace vibrar nuestro corazón en sus más atávicas profundidades, arrancándonos lágrimas con el Quijote, esa sublime elegía de la risa, ó haciéndonos estremecer con los trágicos estremecimientos de Hamlet ante los peligrosos bordes de lo insondable.

\*  
\*\*

Pues bien, Benito Juárez es, ante todo, mexicano: las grandezas de su carácter son las grandezas del carácter de su raza, realzadas en él como una concreción y como una síntesis; pero sobre todo, es un miembro de la humanidad, una figura de primer orden entre las grandes figuras de la historia, caudillo, héroe,—tomo estas palabras en su significación épica—de los que se ha dicho, en intencionada frase, que no tienen patria, porque sus actos son como gotas de sangre que circulan en el organismo entero de la humanidad, nutriéndolo de vida y floreciéndolo de amor!

¿Cuáles son los elementos profundamente humanos del carácter de Juárez? La constancia heroica y la fe en Dios. He recogido, señores, de los labios de mi padre, un hecho sencillo en su magnitud, que años ha relataba yo ante la tumba del Benemérito, y que quiero depositar hoy en la memoria ávida de la juventud, porque revela mejor que cualquier análisis, el espíritu de Juárez, espíritu «de hierro y de roca,» como el del rebelde encadenado esquiliano. Los patriotas que á través del desierto conducían el arca santa con las reliquias del pueblo, llegaron á Chihuahua, llevando la patria, como Danton, en las suelas de sus zapatos. En una sala, apenas alumbrada por las agonizantes luces del crepúsculo y en la triste penumbra del fondo, estaban sentados Juárez, Iglesias, Lerdo, Prieto. . . . ya dispuestos á salir rumbo al Norte, pues de un momento á otro se escucharía en las calles de la ciudad el redoble de las avanzadas francesas. Todo, como esa sala, estaba triste; algo muy querido parecía acompañar en su agonía al crepúsculo. . . . La cara de Juárez tenía la impassibilidad dura de una máscara de bronce. Las tormentas de su alma no relampagueaban en sus ojos. No estaba cansado; no sufría. Se habló de la situación del país: el señor Lerdo disertó sobre derecho internacional, como siempre, admirablemente; Guillermo Prieto dijo algún chiste, como siempre, delicioso. La atmósfera estaba saturada de angustia. . . . Aquellos hombres espectrales no se movían, no se iban, no huían! Juárez dijo á sus visitantes: «Aún hay tiempo de fumar un cigarro; nada está perdido; creo poder volver dentro de cinco años á colocar la bandera en el Palacio Nacional.» Cinco años! No pasó uno, y la bandera ondulaba en la capital de la República, á los soplos de la libertad! De manera que ese hombre, sin dinero, sin ejército, en los límites de su país, cuando nadie creía en él, excepto él mismo, pensaba resistir cinco años más! Con una perspectiva así de negra, así de vacía, desdeñaba el puñal que le ofreciera la tentadora sombra de Catón! Nó, no tiene razón el Nigromante, no fué sublime el suicidio del romano, porque aún algo le quedaba que hacer por la República, sufrir y esperar; no fué sublime porque perdió la fe, porque dudó de su alma. Juárez es más grande: derrotado por el destino, todavía pedía cinco años de infortunios para vencer al destino! Bien se conoce que la hoguera de Cuahutemoc iluminaba su conciencia!

\*  
\*\*

Nadie creía en él, triste verdad! Era el día sagrado, el 15 de Septiembre. El General Brincourt ocupaba Chihuahua. Al derredor de la humilde pirámide que levantó el cariño popular sobre los restos de Hidalgo, se cometía un sacrilegio: los franceses y los traidores celebraban la independencia de nuestro suelo! En cambio, algunos buenos patriotas organizaron en la capilla de la Parroquia una *Misa de Duelo*, y allí fueron con sus hijos las madres enlutadas á llorar la muerte de la patria, á enterrarla para siempre. . . . Las oraciones eran gemidos; en las baldosas arrastraban las gasas funerarias; los ojos húmedos se clavaban en el llagado cuerpo del Redentor; el órgano sollozaba el miserere; el incienso



envolvía en nubes seráficas las cabecitas de los niños..... Juárez! Juárez no volvería, imposible! Y no sólo en las lejanas fronteras, no sólo en la pobre parroquia de mi pueblo, sino en toda la extensión del país, hubo un abrazo impío de conquistadores y traidores, y una misa de duelo de todas las madres y de todos los hijos, bajo la negra, bajo la infinita soledad del cielo! Juárez! oh, Juárez no volvería, imposible! Juárez volvió. Ah, Señor! si ese hombre, que tuvo que combatir no sólo á los franceses, no sólo á los traidores, no sólo al clero, sino también el escepticismo del pueblo, y que venció no sólo á los franceses, no sólo á los traidores, no sólo al clero, sino también el escepticismo del pueblo, no figurara en la historia de la humanidad, no fuera una gloria universal, tendríamos derecho al mal, á la destrucción, al suicidio, arrojando nuestros fastos y nuestras virtudes y nuestros pensamientos y nuestros ideales y nuestras almas, á la combustión satánica de un infierno devorante y de una muerte ignominiosa; Benito Juárez no es el Benemérito de las Américas, es Benemérito del mundo entero!

Y hoy que hemos perdido la fe en las quimeras del jacobinismo, pero que la tenemos cada vez mayor en las verdades de la ciencia; hoy que ya no nos exalta la raudalosa elocuencia dantoniana arrastrando en su furia mantos desgarrados y cetros rotos, pero nos entusiasma la serena voz de la filosofía que deposita limo fecundo en las almas y jamás desborda cóleras destructoras de su profundo cauce; hoy que nos burlamos un poco de las disertaciones incoloras y pedantescas de Robespierre y estudiamos en Rousseau un caso patológico; hoy que los reyes, los frailes y los nobles, que habían perdido la fisonomía humana con los corrosivos de la literatura demagógica que los llamaba y los llama, hidras, vampiros, endriagos, nos aparecen en la historia científica con sus facciones normales, como hombres semejantes á las demás personas, algunas veces liberales, complacientes, artistas; hoy que analizamos y que nos explicamos, sin odiarlas «á priori,» las etapas más infaustas de la crónica humana; hoy que ya no creemos que la regeneración universal brote de un discurso epiléptico de enercujada, aplaudido por el populacho ebrio que deserta de las escuelas y de los talleres, y armado de formidables picas levanta en triunfo á Marat, grotesco y patibulario, sobre los bonetes rojos; hoy que no creemos en la utópica democracia del «Contrato Social,» idealmente bella, como un diálogo platónico, trazada á maravilla con la armonía matemática de los silogismos, pero falsa de toda falsedad; hoy, por último, que vemos evaporarse en el horizonte las últimas humaredas de la Convención, devorada por sus propias llamas, estamos en aptitud de comprender la personalidad real del señor Juárez, pasándola del mito á la ciencia, pero sin destruir el mito que es arte, de la leyenda á la historia, pero sin destruir la leyenda que es poesía, cumpliendo así con el deber que como ciudadanos y patriotas tenemos de preservarla de todo homenaje falso y de toda injusticia sacrilega, á riesgo de que la posteridad la encuentre mutilada y sucia bajo el polvo del tiempo, como encuentra el arqueólogo los restos de los palestritas de mármol y de los atletas de bronce que yacen en la tierra divina del arte, devastada por la violencia y por la ingratitud! (1)

\*  
\* \*

A la juventud toca tarea tan meritoria. Qué mejor homenaje podeis rendir al muerto ilustre, que hacerlo vivir incesantemente, con todo amor, en vuestras meditaciones y en vuestros estudios? Os lo disputan dos bandos enemigos: el Clero y la Jacobinería. Uno proviene de Jerusalem primero y de Roma después, de la ciudad pontifical y hierática, autoritaria y solemne, llena de ascetas con callosidades en las rodillas y láminas de oro en las frentes. No es divino; dejó caer en la sangre y en el lodo de la vida el ideal de Jesús; es humano, es decir, bueno y malo. Sus grandes acciones le han dado lustre, sus grandes crímenes le han valido anatema. Salvó la ciencia antigua de la rapiña de los bárbaros y prendió los leños del odio bajo las plantas de Juan Huss y de Jerónimo de Praga. Y hoy, contaminado por el industrialismo febril del tiempo, en vez de abrir el Reinado de Dios con las llaves de Pedro, penetra á saco en las ricas heredades del capital con los instrumentos del agio y de la astucia. Y si desoye la santa palabra de León, de ese anciano blanco y bueno, cuyos labios manan amor como los panales miel, y cuyo espíritu asciende á la muerte como una hostia sobre la humanidad arrodillada; si no vuelve, en peregrinación expiatoria y en demanda de misericordia á los huertos de Galilea; si con los supremos exorcismos del arrepentimiento no arroja de su alma el Demonio del Vicio, entonces se entregará atado de pies y manos á las implacables justicias flamígeras de la Historia!

Si el Clero niega á Juárez, la Jacobinería lo deforma, porque lo hace objeto de un fanatismo, colocándolo como santo del calendario demagógico. Cisma, intransigencia, odio, guillotina, parlamentos-clubs llenos de humo de pipas y de vociferaciones de muerte, la decapitación de Dios en el cielo y la felicidad salvaje sobre la tierra: bellos ideales! Tuvieron los jacobinos su papel en la Historia, trágico siempre y á veces grande. Hoy, han pasado de moda: son siempre grotescos y nunca grandes. Se parecen al caballero de la Noche y de la Muerte de que habla Tennyson, que oculta las flacas fuerzas de un niño bajo

(1) Con motivo de la calurosa defensa que hizo de la Jacobinería el estudiante D. Lázaro Villarreal, que me precedió esa noche en la tribuna, me ví obligado á aludir á su discurso en estos ó parecidos términos: "El vibrante orador de la Escuela de Jurisprudencia ha hecho una entusiasta apología del jacobinismo.... Es joven, aún vive con su ensueño en las turbulencias de la Convención francesa. Y quién no ha sido jacobino en su juventud? Pero nosotros, que hemos perdido la fe en las quimeras.... etc." Hago esta observación, porque algunas personas han supuesto que yo niego esas palabras, habiendo ordenado que se suprimieran en la publicación que hizo "El Imparcial" de mi discurso. No las niego, al contrario; pero como fueron improvisadas, como no estaban en mi manuscrito, "El Imparcial" no pudo imprimirlas.



pavorosos y formidables arreos de combate.—Nó, no puede ser de ellos el señor Juárez. El hombre que castigó todos los abusos para defender todos los derechos, el hombre que castigó todos los privilegios para defender todas las garantías, el hombre que castigó todas las opresiones para defender todas las libertades, no es un cismático, no es un sectario, no es un intransigente, es un Reformador. La base de su obra es esencialmente económica; el fin de su obra es esencialmente moral. Fué un hombre de paz, fué un hombre de amor, fué un hombre de progreso. Su espíritu no está en el odio ciego é inmoral de las edades muertas, tendríamos entonces que odiarlo y Dios sabe cuánto le veneramos; está en el respeto del pasado, en el trabajo del presente, en la fe del porvenir, en el conocimiento de lo que hemos sido, de lo que somos, de lo que seremos, abarcando la prodigiosa evolución que si aún nos ha dejado en las extremidades de la mano las garras del carnicero velludo y delincuente y en las capas más hondas del alma al apetito bestial y la pasión impura, empieza á poner en nuestras frentes los primeros destellos de la divinidad, como un beso matinal de la infinita poesía del amor!

Y si alguna vez,—qué sabemos!—las pasiones estallan en tragedia, si la lucha se hace inevitable, si los parches de Tirteo resuenan y marchais en las filas «cubriendoos el pecho con el orbe del escudo, blandiendo en la diestra la lanza sólida y agitando la terrible cimera sobre el casco,» defended bizarramente la figura de Juárez, dando actos heroicos á la fama clamorosa, defendedla en nombre del arte, en nombre de la ciencia, en nombre de todos los lienzos pintados, de todas las estatuas esculpidas, de todas las verdades conquistadas, en nombre de los que ostentan cicatrices resplandecientes, en nombre de los que encienden el astro de oro de la piedad en las cimas de la conciencia, en nombre de los que bajan con la lámpara de Aladino á las entrañas de la vida, en nombre de los que llevan al costado una lira—madre de la estrofa que se desbarata en colores, en lágrimas ó en cóleras,—en nombre de la patria que nos concreta, en nombre de la humanidad que nos contiene, y viriles, fuertes, invencibles, como hacen los héroes de la Iliada con los caudillos rotos en la brega, cubrid y proteged la figura de Juárez con una muralla circular de clavas resonantes!

\*  
\*  
\*

Concluyo. A vosotros os toca, jóvenes egregios, rehacer la patria moral, la patria intelectual, la patria viva y verdadera, la bella, la espléndida, la gloriosa patria, tal cual la contemplaban, con los ojos embriagados de ideal, los hombres generosos que por ella afrontaron las cárceles, los destierros y la muerte. Vuestros padres le dieron el alma y la sangre: dadle vosotros el ingenio. No queremos apagarlos en la historia. Recoged en el corazón la constancia y la gloria de los magnánimos que hicieron la Reforma, preocupados por la ciencia y el arte que debíais cultivar. Y el arte y la ciencia amadlos con verdadero amor; amadlos por sí mismos, más que por los frutos que puedan producir, más que por las alabanzas que puedan conquistaros; amadlos como el ejercicio y la manifestación en que la nobleza del hombre aparece, en que el valor de las naciones se externa. Y sed buenos, y creed: creed en el amor, en la virtud, en la justicia; creed en los altos destinos del género humano que asciende al zenit por las vías de su ideal transformación. Que la ciencia os esfuerce, que el arte os consuele, que la patria os bendiga!







## LOBRECUEZ

J. RIVELAS '901

[ ] Bajo un cielo plumizo y ventoso,  
por aristas de piedra cortado,  
[ ] el paisaje monótono duerme  
en profundo y solemne letargo.  
Todo es gris: la silueta del monte,  
el inmóvil y frío remanso  
que refleja en sus ondas oscuras  
un jirón sepulcral del espacio;  
los barbechos de glebas grietadas,  
donde yace el rastrojo hacinado,  
olvidadas están las coyundas  
y descansan los rotos arados;  
los corrales de piso fangoso  
que han hollado pezuñas y cascos,  
sobre el cual, por el aire impelidos,  
flotan acres y fétidos vahos;  
el humilde jacal del labriego,  
mal envuelto en los grises andrajos  
que el aliento de Otoño arrebató  
del humoso fogón solitario;  
el derruido y vetusto convento  
de sillares musgosos y pardos,  
otro tiempo de monjes refugio  
y hoy albergue de espectros y cárabos;  
hasta el río de gárrulas ondas  
y cristales bullentes y claros,  
so las húmedas nieblas, yacente  
hoy está, moribundo y helado.

Ya lobrece. Las sombras nocturnas,  
como espesa humareda, borrando  
van el triste confin de occidente  
con un negro y furioso brochazo.  
Zumba el Bóreas; los vientos aúllan  
remolinos de polvo aventando  
y barriendo las nubes que corren  
en tropel tumultuoso y fantástico.



La hojarasca crepita dispersa  
 por las calles tortuosas del rancho,  
 do se ve agonizar un destello  
 tras los viejos postigos cerrados.  
 Y se escuchan, al par, el chasquido  
 de las ramas crujiendo en el árbol  
 y el pesado caer de las gotas  
 en las áridas sendas del campo.  
 Las tinieblas se cuajan. El cielo  
 doloroso, en un círculo trágico  
 va ciñendo del torvo paisaje  
 los perfiles y el hórrido espacio.

El relámpago azul-fosforece,  
 una cárdena herida trazando  
 en la lóbrega nube, que se abre  
 al sentir el feroz latigazo.  
 Todo es negro: las sombras envuelven  
 valle y bosques, montañas y llanos  
 que aparecen tan sólo un instante,  
 á la eléctrica luz del relámpago.  
 Todo es negro: la noche profunda  
 va extendiendo sus alas de cárato,  
 y el terror culebrea en los nervios,  
 el cabello y la piel erizando.  
 A lo lejos, al fin de la senda  
 que se incrusta en los duros peñascos,  
 donde empieza á afilar la montaña  
 sus aristas de pórfido y cuarzo,  
 empotradas en la áspera roca  
 y asomándose al hondo barranco,  
 sus ruinosas paredes levanta  
 en la sombra rural camposanto.

En la lúgubre noche, las hienas,  
 espantoso festín husmeando,  
 el recinto de muerte profanan  
 con su aullido agudísimo y largo.  
 A través de los rotos sepulcros,  
 en la lívida faz de los cráneos,  
 ¡con qué horror, con qué horror aparece  
 terrorífica mueca de espanto!  
 Tal vez sienten la garra acercarse, . . . .  
 y allí están, impotentes y trágicos,  
 ¡y del mundo, y del cielo, y del alma  
 olvidados, oh, Dios, olvidados! . . . .

MANUEL JOSÉ OTHÓN.







# VIAJE AL PAIS DE LA DECADENCIA.

## II.

### EN STAMBUL.



UANDO desperté, eran ya las diez de la mañana. Había niebla en mi cabeza. Me incorporé sobre los cojines y pasé la vista sobre mi raro vestido exótico. Me hallaba trajeado abigarradamente, á la turca. Me froté los ojos, dejé pasar entre mi abierta boca un bostezo alicóncavo, moví mi cuerpo soporoso con desenrosques de boa, y lentamente fué la quilla cortando la neblina letárgica, y los rayos de luz dijeron de rumbos y latitudes. Luego tendióse la vela mnemotécnica en viaje retroactivo hacia el recuerdo, y fueron pasando las lejanas indecisas riberas: mis vuelos de pájaro incansable; los escollos, famélicos de cascos, listos siempre á triturar mi nave con la sáxea mandíbula; mis ansias nunca extintas, mi sed de goces, la Dicha en fuga, la Quimera, perseguida por todos los puntos cardinales, siempre lejos, danzando fantásticamente, espejismo del inmenso desierto.... todo, todo, hasta no llegar á la fiesta próxima, al desenfreno de la vispera, en que el Placer ebrio y harto regó su vaso de torpezas sobre el deslumbramiento de los tejidos asiáticos.

\* \* \*

Hacia varios meses que un *steamer* me había llevado á aquella misteriosa Stambul; y el oro que salió profusamente de mi bolsa pródiga franqueóme de un golpe muchos portales esculpidos.

Había presenciado ya soberbias fiestas; pero el jolgorio de aquel día anterior estaba muy lejos de las zambras decentes de los pachás y de los *mushires*: aquello fué un desborde encanallado, una baraúnda báquica y priapesca que me hizo amanecer con acérrimos ardores de piel y con vagos dolores de hipochondría. Aún me parece ver las cobrizas bandejas de donde se espirala el odorante efluvio de las pastillas del Serrallo mezclado con el humo del *tembaki*; músicos árabes sonando su tan tan ó entonando canciones fantásticas de Oriente; bujías que deseuelgan su leve gaza rosa desde sus globos de tulipanes de ópalo sobre trajes recamados de perlas y sobre las colgaduras de Smirna. Aún siento en mi boca el sabor del blanco vino de Ismidt, el único que dejan á labios mahometanos las suras del Profeta; y recuerdo, como en la brumosa lejanía de un sueño, la salida del salón, la entrada al tugurio, el festival asqueroso, llegado al paroxismo.... De mi vuelta, nada. Sin duda me trajeron en brazos los buenos hijos de Allah, y me dejaron allí, sobre el diván, fardo de huesos, carne ahita, vestido con mis prendas constantinopolitanas.

\* \* \*

El calor me sofocaba. Tiré el turbante, las polainas doradas, la chupa de flotantes mangas. Me tendí, desnudo, en los cojines, y pensé.... ¿Habrà algo nuevo, algo virgen, algo que desflorar con la materia ó con el alma, algo que haga temblar las vibraciones entre los viejos flancos de la interna lira?

Más!.... más!.... Oh!.... el Hastío!....

\* \* \*

No quise salir. Quedéme en casa, precioso palacete del barrio del Taxim, de espaldas en mi lecho, escuchando el ruidoso movimiento de la calle. ¿Ya no me quedará nada que ver? ¿Habré escapado con



vida de tantos trances de angustia; me salvaria de la reciente borrasca del mar de Mármara sólo para cruzarme de brazos ante lo conocido, frente al ídolo anciano que ya nada promete, viendo la Esfinge muerta en cuyos labios de piedra se cristaliza el infantil problema? . . . .

Me paseo por el cuarto, en andar instintivo, y me detengo un momento junto del *tandour*, esa estufa apagada, semejante á mi espíritu, porque guarda en el fondo la ceniza fría.

Me acuesto, á la hora en que el sol se va dejando colgado en el Levante su escarlata manto pérsico, sobre tapices apilados á la usanza de Oriente. Eso tiene para mí algún encanto, porque así no se acostaba mi padre. Me duermo creyendo en los fantasmas y en los genios de las leyendas tártaras.

Un canto me despierta, con el alba: es la antigua canción sagrada con que el almohezin saluda el nuevo día en lo alto de los minaretes: *Allah illah Allah, vé Mohammed reçoul Allah!*

\* \* \*

Beshir, un negrilla que se halla á mi servicio, me trae una humeante ración de café de la Arabia. Va á retirarse y le detengo.

—Oye, vas á conducirme al instante á la casa del *hodja* más famoso que conozcas.

—¿El señor le tiene miedo á Cheiton? . . . .

Yo sorbía mi café, abrasándome la boca, precipitadamente.

Hablo conmigo, entre dientes:

—Que me dé algún brebaje maldito. Dicen que hay simples en Oriente que abren las puertas de los paraísos y enseñan muchos nuevos á los que nada encuentran en el suyo. Que venga el Artificio! Con la fiebre se goza, porque pasa el corcel cargado de mentiras y esas mentiras son divinas realidades para el que oye extasiado el repicar de cascos del Delirio. Quiero que la Verdad esconda sus toscas ubres laxas y salga la adorada Mentira, para que haga brillar sus lentejuelas que dan á mis ojos fulgores de diamante, y venga la amable Calentura á vaciar en mi vaso su precioso licor de cáñamo indio! Yo quiero que me engañen! . . . .

El muchacho se aleja de mi lado, algo medroso.

—El señor no está bueno.

Salimos.

—¿Es muy lejos?

—En el barrio de Gálata, señor.

Andamos. Yo no hago más que buscar las pilas de Volta de los llameantes ojos otomanos tras de las rejas de los *shakisirs* y á través de las misteriosas celosías de los *haremlikes*. Es lo único que me queda: la quimera del goce en el regazo. Siempre que veo de lejos la esperanza es asomándose en el pórtico rojo de dos labios carnosos; siempre que la dicha me canta sus promesas es sentada—paloma lista al vuelo—sobre el torneado alabastro de algún hombre desnudo. Mas la luz intermitente vacila con el más débil soplo de mi fantasma negro, y el oro de la débil opulencia solar se anega de tiniebla en angustiosa agonía de crepúsculo; la Esperanza oculta su anhelosa cabeza y cierra con pavor sus puertas, y el pájaro emprende el vuelo y va á perderse entre los hondos enigmas de lo azul. Y, ya en tinieblas, mi visión abre sobre mí sus alas membranosas, más oscuras que la noche profunda, mancha fatídica, condensación de abismos, rotulada la frente con esta enseña lívida: EL HASTÍO!

Sigo caviloso, sin notar casi á las gentes con quienes topo: el arrogante *liwa* clarineando color en su uniforme, los derviches, que salen de alguna mezquita funeraria y en cuyos labios aún tiembla la oración de difuntos; las viejas judías, con sus jubones lentejueleando al sol y sus gorritas verde-manzana; el regimiento que pasa, las fanfarrias, el bey, los alabarderos con trajes recamados de oro y tocados con luengas plumas glaucas. . . . Cuanto se agita y bulle y espejea en los trajines de las calles musulmicas vale muy poco para mí. Nada veo. Sólo tengo ojos para mi escenario interior, en donde se ha prendido un nuevo lampadario, una nueva esperanza, otra dicha en promesa, que no es la de la dama de la puerta roja ni de la arisca paloma del torneado alabastro: una luz de hechicero, luz de santuario tenebroso, destello tumulario, promesa de ultratumba: el brevaje del *hodja!*

\* \* \*

Llegamos.

Oyó atentamente el relato de mi mal, con gravedad de físico, con la indiferencia de quien ha visto mucho raro en su clínica.

—Hágase usted la cuenta de que se halla en un templo de su religión, á los pies de un sacerdote. Confiésese usted conmigo. Si después de oír á usted, le juzgo bien listo para recibir la impresión de algo que por el momento me reservo; si es usted bueno para el caso y su organismo se halla preparado, iniciaré á usted en misterios de apariencia vesánica, misterios impenetrables para los seres bien equilibrados, para los aneueros felices y para los cerebros que gozan de la pasividad dichosa de lo sano, pero que para usted—sí, como creo, me resulta bueno, esto es, enfermo—constituirán la fuente más eficaz de gratas impresiones, gratas por bellas y por nuevas.



\*  
\*\*

Dije:

—Señor! El viajero ha llegado á la ciudad, ha recorrido todas sus barriadas, ha frecuentado todos sus paseos, ha caído en todas sus charcas y ha saboreado todos sus encantos. Ya nada le resta, y aún tiene que vivir en ella mucho tiempo. ¿Qué mayor tortura?... Todo lo he visto, señor! En esa gran ciudad de cantones dispersos que llamais Mundo todo está ya gastado para mí. Turista fatigado, me angustia la monotonía. Como los melancólicos hijos de Albión, el *spleen* me devora.

—¿Habeis agotado vuestros puntos de viaje?

—He estelado todos los mares y recorrido todos los caminos. Lo he visto todo. Castillos que bostezan, como yo, de tedio á las orillas del Rhin y palacios de mármol que reflejan la nostalgia de sus fastuosidades en los canales de Venecia; el gorro de enfermo de los volcanes escandinavos y el humo que sale de la ancha pipa del Vesubio, ese criollo ciclópeo que acuesta sus perezas en azules cojines y mira á su adorada Nápoles, favorita del ardiente Sur, ceñida su cintura con el chal de sus colinas color de primavera; he oído la linfa leda de las Castalias y el desplome tonante de los Niágaras.... Todo.... Todo!.... Vahos ardorosos del trópico y carámbanos árticos; rostros rubicundos, caras morenas, cutis ebanáceos, ojos oblicuos, pieles rojas.... Todo.... todo, señor! Me he adherido á todas las mesnadas; he tenido comercio con todos los rebaños del mundo: con los hijos de Sem y con los hijos de Jafet y con los de Cam el Maldito. Y nada. Tras la nueva visión, el fantasma que viene y sopla, y la luz que se apaga, y la sola compañía de la sombra con su letrero lívido!... EL HASTÍO!

—¿Habeis afrontado peligros? ¿Habeis conocido monstruos espantables? Hay goces en el riesgo.... ¿entendeis?....

—Del país de los drusos, descendí á las llanuras beduinas donde hay hombres feroces cuya piel es un ébano historiado por absurdos tatuajes. Desafié las iras del sacerdocio profanando vuestra Mezquita de Eyoub, aquí donde hay esclavos misérrimos cuyas plantas sangran á los chasquidos del *courbash*; me batí con un orangkubub en los bosques de Boruco, y hasta creo haberme sentido aprisionar por el monstruo hermafrodita que encierran las floridas en sus breñales laberínticos.

—La mujer! Adormeceos en el desenfreno. Que el bochorno de la caricia cálida dé sopor voluptuoso á vuestros miembros, ó que el Céfito puro de una pasión platónica traiga frescuras nuevas á vuestra alma. Iniciaos en todos los secretos de la Astarté fenicia; penetrad en los caldeos templos de la Venus Milita, llevando en las manos los símbolos del Falo y del Cteis; desenfrenaos en las fiestas índicas de Holli, ó buscad una Electra que os descubra sus sueños virginales á través de su cendal blanco y purísimo como la intacta evanescencia del ampo.

—He sufrido todas las iniciaciones. He descendido por todas las escalas. La mujer de Loth me ha visto haciendo gala de todo lo inaudito, y sobre mis embriagueces nefandas ha caído mil veces el Mar Muerto. Los lapones me han cedido sus tálamos nupciales; he mordido sabrosas manzanas lascivas del país de los Faraones en medio de los recuerdos magníficos de Carnac y entre el tumulto de las fiestas de Tsis; me he bañado en el Termodonte con las hijas de aquellas soberbias amazonas del Cáucaso; he gozado las dulces mistagogias de la Anaitis armenia y del templo sirio de Hierápolis.... He bebido mucho.... Me he embriagado con todo! Ya nada tengo que beber!.... He amado y he poseído. He saciado el espíritu, y mi vientre ha sufrido las repulsiones del ahito. Aquí, en vuestra vieja Stambul, paseé mi amor—un amor casto—por las umbrosas riberas del Bósforo, á la hora en que había sobre el agua rieles de luna y sombras de *yalis*, sombras temblorosas en la linfa corriente; y aquí también crucé vuestra ensenada, bajo el faro de Diana, en caique aligero, recostado sobre tapiz de seda, entre cojines y mantas opulentas, en la bullente combustión de mi sangre, envuelta mi cabeza con una cabellera de sultana, y sorbiendo en labios,—copa roja de oriental cornalina—todo el incendio de los vinos de Chipre.... He sido en esto muy avaro, señor. Mis arcas han tenido hambre y sed de esos tesoros. He oído el *severin* saliendo á deleitarme de toda garganta de mujer. Me han arrullado con la frase felpuda y cálida de sus caricias las perezosas odaliscas de los grandes harenes, á través de la rica muselina de los *yashmacks*, lo mismo que las hijas del pueblo, bajo el pobre *feredjé* de sucia lana; la esclava de las montañas de Circasia y la cristiana armenia que pone sutiles redes de oro sobre la red de su cabello de endrina. He levantado el *habbara* azul de las bohemias, he sentido todas las epilepsias del afrodisiasma bajo el humilde techo de los gourbis y bajo el roble esculpido de vuestros magnates, entre biombos de Yedo y entre las agreñas cortinas de las Rarahús de Polinesia. He conocido, señor, todas las carnes. Os repito que nada tengo ya que ver, y nada nuevo encontraría ni en el culto de los Cabires ni entre las orgias de Samotracia.

El viejo me miró fijamente.

—Bien, me dijo, estais preparado. Vais á emprender un gran viaje ideal que os proporcionará supremos goces.

De un estuche, un frasquito, imposible de pequeñez, como el dedo meñique de algún Puck nigromántico: Una gota en mis labios, y una ducal refulgencia en mi cerebro. Vesubianas incandescencias en mi sér. Transfiguración. El suelo que se escapa, y, por mis ojos atónitos el desfile de una radiosa fuga de soles chispeadores.

Mi corteza se helaba. Me vi salir de mi propio cuerpo yerto, y, otro yo, etéreo, impalpable, provisto



de suaves alas angélicas, remonté el vuelo, y seguí á una visión, no fatídica y negra, mas luminosa, sonriente y adorable.

Llegamos, la visión y yo, á la cumbre de un monte, en donde tiene el Vértigo su nido. Entonces vi á mi guía en toda su verdad. Las formas de un efebo, pero sin materia real, impalpable y etéreo como yo. En sus ojos había ortos de genio. Sus labios—tan frescos que todos los juzgaran recién apartados del materno seno—eran hechos para la Gran Sabiduría. Cada una de sus sonrisas era una luz de Ciencia. En sus labios estaba la clave de los oscuros enigmas.

—Vamos!

Tal dijo. Y partimos.

SANTIAGO ARGÜELLO H.

(Continuará).

---

## IN MEMORIAM.

18 de Julio de 1901.

---

### I

Ah! la humildad en su escarpada hondura  
Lo que ilusiona y resplandece crea;  
Anida el ruiseñor en la espesura,  
Y se forjan los rayos en la obscura  
Nube que sin cesar relampaguea.

\* \* \*

Grano maduro que voraz levanta  
El ave, la maleza que te escude,  
Y de grano que fuiste serás planta  
Y muy pronto tal vez, árbol que canta  
Si enfurecido viento te sacude.

\* \* \*

Espíritus geniales, la coyunda  
Del dolor, frentes altas encallece;  
¿Qué peñascos el musgo no circunda?  
Aun la misma mujer, mujer fecunda,  
Tan sólo por fecunda pa'idece.

\* \* \*

Y el débil en la lidia titubea;  
El paladín que abona tierra inculta  
Con sangre, no es alondra que gorjea  
Cuando tímida el alba pestaña  
Y al funeral atardecer se oculta;

\* \* \*

Es el que lucha, como férreo arado  
Que repuja el rozar de las arenas;  
Se despedaza, pero labra el prado.  
¡Oh! Ulises que marchaste á un resultado  
Desoyendo el cantar de las sirenas!

\* \* \*

A tí el audaz enviado de la infecta  
Mansión de los humildes—Oh! vidente—  
Esperan las Repúblicas; inyecta  
Tu constancia en sus venas y proyecta  
Tu sombra sobre el Nuevo Continente.



## II

Almas sin sueños, sin amor, sin rosas,  
Que girais en el mundo atolondradas,  
Taciturnas, enfermas, dolorosas,  
Como enjambre de negras mariposas  
En cristalino globo encarceladas;

\* \*

No lloreis; ya volvieron las perdidas  
Naves conquistadoras de idéales;  
Las pupilas secad, enrojecidas  
Por angustioso llanto, como heridas  
Abiertas con finísimos puñales.

\* \*

Brillan proas, y cascos, y timones,  
Y en las olas que cantan, rien y huyen,  
Refléjanse rojizos pabellones  
Y parece que extensos cuajarones  
Sanguíneos, se fragmentan y diluyen.

\* \*

De palomas un vuelo immaculado  
Feliz augurio—pasa ante la vista  
Centellante del pueblo entusiasmado,  
Como si el aire hubiera arrebatado  
Un montón de pañuelos de batista.

\* \*

Llegan de lejos hálitos de frondas  
Y en su brutal respiración de fragua,  
El mar anilla sus espumas blondas  
Y arremolina sus flexibles ondas  
Como si alguien soprase bajo el agua.

\* \*

Retumban en los montes los cañones,  
Como espigas se doblan las cabezas,  
Inmóviles están los escuadrones;  
Ya viene el vencedor, entre pendones  
Y al compás de triunfales Marsellesas.

## III

Tú guñaste las naves combatidas  
Atrevido Jasón; los idéales  
Son tus leyes en mármol esculpidas,  
Radiantes, como antorchas encendidas,  
Sólidas, como enormes catedrales.

\* \*

Oh! Juárez: quién tu excelsitud restringe?  
Tú fuiste aquel que viajador se finge,  
—Mas no pesando sobre tí un estigma—  
Que del error despedazó la esfinge  
Y de las almas descifró el enigma.

\* \*

Exhalaste un enérgico reproche  
Cuando de esclavos la legión gemía;  
Como el aljófara bienhechor, de noche  
Bajaste raudo de tu Patria al broche  
Y la dejaste al despuntar el día.



\*  
\* \*

¿Que ahóganse en el polvo de los años—  
Señal de olvido y pequeñez—las grandes  
Pirámides de Egipto? Oh! desengaños!  
Tú eres más grande que ellas, son peldaños  
Para llegar á donde estás, los Andes.

\*  
\* \*

La envidia, el dolo y el rencor—serpientes—  
No han de morderte mientras fe y anhelo  
De una raza patriota representes;  
¡Oh! nunca, nunca rasgarán los dientes  
De las montañas, el azul del cielo.

\*  
\* \*

Y el mito—Polifemo—aún no se aleja;  
Pero aunque su ojo y su vigor recobre,  
No apagarán sus piedras la bermeja  
Lumbre del Sol, que al declinar semeja  
Un incensario de bruñido cobre.

\*  
\* \*

Encina, estrella, luchador, querube,  
¿Quién ha dicho que has muerto? tu almasube  
Mientras tu cuerpo lo protege un sauce;  
El genio es linfa que se trueca en nube  
Y aquí abandona con desdén su cauce.

\*  
\* \*

Ecos claros redobles de tambores,  
Y esos tenues sonidos apagados  
De los címbalos presas de temblores,  
Van á tí, como pájaros cantores  
Que vuelan á los fértiles sembrados.

\*  
\* \*

Oh! pasa triunfador, nadie solloza.  
Su lengua el entusiasmo que desate;  
La lid sangrienta terminó, reposa,  
Y en la tumba, panoplia prodigiosa,  
Ve á colgar tu armadura de combate.

ABEL C. SALAZAR.











## JUÁREZ.

(POR EL COMITÉ DE ESTUDIANTES DE TOLUCA.)

No era un acto patriótico, era humano;  
la civilización es infinita;  
y Juárez señalaba con la mano  
la tumba que devora y resucita.  
La humanidad, por la difícil senda  
del Bien y del Amor, tuvo en el alma  
aliento al fin para arrancar la venda  
y abrir los ojos y ceñir la palma.  
La palma del martirio que transforma  
en triunfador al siervo que se agita  
cual germen en El Cosmos . . . ¡La Reforma! . . .  
La civilización es infinita.

¿Dónde estaba Jesús? No era en el templo.  
Surcaba sin rumor el Tiberiades,  
y en onda inmóvil su divino ejemplo  
era sombra á través de las Edades.  
¿Era fe la mentira? ¿Luz la sombra?  
¿Un dolor el placer? ¿Virtud el vicio?  
Oh! Dios! quien te conoce no te nombra  
si á ti no se alza en duro sacrificio.  
Y surgió el Bien con el Amor eterno  
de un estancado mar de odio y maldades;  
y se vió que Jesús, sobre el Infierno,  
surcaba sin rumor el Tiberiades.

Y vino la traición, ¡con qué perfidia!  
y alzóse la República, ¡qué gloria!  
y fué la roja sangre en esa lidia  
la tinta de las hojas de esa historia.  
El dolor nunca vence ni quebranta  
si sopla el Ideal sobre la frente;  
la libertad! la libertad . . . es santa,  
si pasa como Dios de gente en gente.  
Remembranzas de mártires soldados  
que iluminais así nuestra memoria,  
triunfásteis al morir, immaculados,  
y alzóse la República, ¡qué gloria!

¡Citar un episodio, diez ó ciento!  
que pulse aquí su lira el Infinito . . .  
Hay un orgullo enorme, el pensamiento,  
y no alcanza á pensar lo que está escrito.  
¡Vencer á vencedores de Magenta! . . .  
¡Cruzar las bayonetas con los Zuavos! . . .  
Dió Zaragoza afrenta por afrenta  
y vió el mundo luchar bravos con bravos.  
¡Oh madre intelectual, excelsa Francia,  
era de nuestras águilas el grito  
voz de justicia, nunca de arrogancia;  
que pulse aquí su lira el infinito.



El suelo se agrietaba, eran hostiles  
 hasta las piedras mismas del camino,  
 se doblaban las testas más viriles  
 bajo el adusto ceño del destino.  
 Mas cuando agujereada por las balas  
 flotó en Chihuahua, rota, la bandera,  
 en manos del indígena, las alas  
 tendió de nuevo el águila altanera;  
 de la tierra los púgiles brotaron;  
 llegó hasta el corazón soplo divino,  
 y á la voz de ¡República! se alzaron  
 hasta las piedras mismas del camino.

Bajo el cielo del Norte, sin reposo,  
 sobre este suelo á la esperanza abierto,  
 ¡qué uniforme en la historia más glorioso  
 que el frac de don Benito en el desierto!

.....  
 ¿Oís....? No es el cañón el que resuena,  
 es la férrea y veloz locomotora  
 que los mercados y las arcas llena  
 y su penacho tiñe con la aurora.  
 Oh ¡Juventud! El sol surge radiante.  
 Empavesada la nave, llega al puerto.....  
 Juárez no muere! ¡Juárez.....! y adelante!  
 sobre este suelo á la esperanza abierto.

JESÚS E. VALENZUELA.

---

## VENTA DE "LASCAS."

---

El Gobierno del Estado ha vendido al Sr. D. Ramón de S. N. Araluce toda la edición del libro de versos de Salvador Díaz Mirón. Es, por tanto, á aquel caballero á quien deben dirigirse las personas que deseen adquirir la obra de nuestro egregio vate.

El contrato celebrado entre el Sr. Dehesa y el jefe de la importante casa librera es digno de la atención del público, por diversos conceptos

En primer lugar, la compra de diez mil ejemplares de un libro, revela claramente la difusión de las letras en el país. El Sr. Araluce, que conoce su negocio, debe contar con que la mayor parte de los volúmenes sea vendida en la República, y debe estar seguro de que en ella encontrará gran número de lectores.

Y la adquisición demuestra que en México es ya estimado, en todo lo que vale, el esfuerzo del hombre que consagra sus energías al cultivo del arte de la palabra. En periódicos y revistas serán publicados muchos artículos en loor del eximio poeta veracruzano; pero ningún elogio será mejor que el que al bardo ha tributado el Sr. Araluce, al desembolsar no pocos millares de duros, sirviendo de intermediario al autor y sus admiradores.

Por último, el Sr. Díaz Mirón ha procedido con una generosidad verdaderamente insólita. El comprador ha pagado \$9.27 por cada verso, por cada rengloncito del libro, y el poeta ha renunciado á respetable suma en beneficio de la juventud que se educa en el Colegio Preparatorio de Xalapa.

El producto de «Lascas», será empleado en obras para enriquecer el caudal, ya considerable, de la biblioteca de ese establecimiento.

La donación parece haber pasado inadvertida. No hemos leído en periódico alguno los encomios que el desprendimiento del Sr. Díaz Mirón merece; pero sí sabemos que tal acción, digna del alto y fuerte cantor, ha suscitado ingente sentimiento de gratitud en los corazones de los jóvenes estudiantes, y en los de todos aquellos que se interesan por la instrucción popular.

*El Orden.* Xalapa—Veracruz.